

Que en un alma sublime las ideas
Que dan á otros las artes son innatas,
Y un genio criador, con el dominio
De quien las puede producir, las trata.
Describen larga línea los flotantes
Abreviados volcanes, cuyas alas
Forman también flotantes basiliscos,
Que horror vomitan y exterminio exhalan.

Los bóvedas azules de los cielos
Rimbomban al furor de las bombardas,
Y el estrépito sólo, á quien perdona
El tiro horrible, á dar la muerte basta.

Las excelsas colinas que circundan
Por todas partes la abatida plaza,
De temor de que el daño les alcance,
Se sumen, se contraen y anonadan.

Busca asilo en los campos, pavorosa,
La multitud del pueblo, y asombrada,
Olvida áun la codicia sus tesoros,
Sus lares abandona y desampara.

Ni por eso descuida su defensa
La Taifa (1) infame; la atmósfera cuajan
Innumerables tiros que despiden
Baluartes, fortines y topanas (2).

Repite tentativas vigorosas
Por el mar, que el hispano ardor rechaza,
Sin que el daño y oprobrio que recibe,
De hacerlas nuevamente la retraiga.

Desplómense entre tanto las tronantes
Fortalezas, incéndianse las casas,
Y en humo, en llamas, en estruendo, en llantos,
El horror infernal Argel retrata.

Atento el héroe, á todas partes vuela;
Las ménos esenciales circunstancias
Previene y aprovecha; á su presencia
Todo es proezas, todo son hazañas.

Presiente su experiencia de los tiempos
La variación, del viento la mudanza,
Y aprovechando los instantes, vuelve
Triunfante á ver los muros de Espartaria (3).

A gozar con los bravos campeones
Noble y gran parte de la acción preclara,
Los premios que la patria les previene,
El lauro que mi musa les consagra.

AL MISMO ASUNTO.

SONETO.

Del gran Carlos la sábia providencia,
Al bien comun atenta, determina,
De Argel con el incendio y con la ruina,
Poner freno á la bárbara regencia.

La constancia, el valor y la prudencia
De Barceló á la grande acción destina;
Mas la fortuna, el viento, el mar se obstina
Contra su celo, esfuerzo y experiencia.

Vence los elementos y la suerte
El héroe balear; confunde, huella,
Abrasa á Argel. Adversidad ninguna
Intimida al varón constante y fuerte;

Que el valiente los riesgos atropella,
Y el prudente domina á la fortuna.

SONETOS.

I.

A una ausencia voluntaria de Lisi.

Parte á dorar con luces celestiales
De los floridos sotos los primores,
A dar nuevos alientos á las flores
Y veneno mortal á los zagales.

(1) Así se llama la guarnición de Argel.

(2) Así llaman los moros las baterías con que tienen guarnecida toda su bahía.

(3) Cartagena se llamó antiguamente *Carthago Spartaria*, por el esparto, que es tan común en sus inmediaciones, y para distinguirla de la *Africana* y de la que se había fundado antes en las costas de Cataluña.

Yo quedo en el infierno de mis males,
Víctima del volcan de mis ardores;
Lastimoso ejemplar á los pastores
Que alcancen mis martirios infernales.

De nuevas flores tu belleza vista
Esas florestas, mientras mi quebranto
Fúnebres flores á mi muerte alista.

Y no te cause mi expresión espanto;
Pues si tú las produces con tu vista,
Yo también con el riego de mi llanto.

II.

En la ausencia de Lisi.

Si es muerte, si es infierno, Lisi mía,
El punto que me roba á tu presencia,
Del vulgo la mordaz impertinencia
O de mi hado infeliz la tiranía,

¡Cuánta habrá sido, oh Lisi, mi agonía,
Mi confusión, mi pena y mi dolencia,
Considerada bien la eterna ausencia
De las eternas horas de este día!

¡Ay dulce prenda mía! si el no verte
Un breve tiempo tiene tanta parte
De sentimiento, que me da la muerte,

¡Cuánta será mi pena al contemplarte
Capaz, por mi desdicha, de perderte;
Incapaz, por mi mal, de recobrarcel!

III.

Si tu mérito, Lisi, conocieras,
Como la envidia disuadir procura,
Y estimáras en tanto tu hermosura
Cuanto estimarla por razón debieras,

Poco desconfiaras ni temieras
De un amor tan leal y fe tan pura,
Y viviendo en tu mérito segura,
Ménos motivos de pesar me dieras.

¡Cuál quedara la envidia, Lisi mía,
Al verte, como estás, desconfiada,
Desvanecida su mordaz sospecha,

Y en mí el deseo y pertinaz porfía
De verte de tu mérito pagada,
Por verte de mi afecto satisfechal!

IV.

Al desmayo de una dama, causado de un atroz suceso.

Hermoso y adorado dueño mio,
Copia y compendio del hermoso cielo,
Origen de mi mal y mi desvelo,
Norte de mi cuidado y albedrío.

Cobrad aliento, resucite el brío,
Que muerto yace en tanto desconsuelo;
No así, siendo su sol, neguéis al suelo
La luz que eclipsa ese desmayo frío.

Libre del daño que esgrimí á mi vida
En vuestro riesgo mi contraria suerte,
Bien podéis ya alentar asegurada,
Si no queréis, dulcísima homicida,

Que en Fabio sea verdadera muerte
La que en vos sólo es muerte figurada.

V.

El amor reverente.

Si nadie puede verte sin amarte,
Dulce bien mio, y nadie puede verte
Sin que le abrasen con rigor de muerte
Ardentísimas ansias de agradarte;

Quien logra tan de cerca contemplarte,
Y tanto como yo sabe quererte,
Difícil es que á contenerse acierte
En los límites sólo de mirarte.

Abrásome á tu vista, dueño mio;
Pretendo triunfos, pero al conocerte,
Repugnante, desisto en mis trofeos;

X.

Amor verdadero.

Arde mi corazón, y su violento
Incendio por las venas se derrama,
Siendo pábulo noble de esta llama
Amor que en mis entrañas alimento.

Ardiente exhalación es cada aliento,
Que el aire vago á su contacto inflama,
Si es que más propiamente no se llama
Bostezo del volcan de mi tormento (1).

Este es, Lisi, mi amor voraz y activo,
A quien es imposible hallar segundo;
Milagro que obró en mi naturaleza.

Superior al amor más excesivo,
Mayor que cuanto en sí comprende el mundo;
Sólo, Lisi, inferior á tu belleza.

PARÁFRASIS

de la oda XVI del libro II de Horacio, que empieza:
Optum divos, etc.

Á GROSFO.

Hecho montes de espuma, el ancho Egeo
Oprime al navegante, mal seguro,
En el pobre bajel, que insulta el notor;
Vestida Febe del confuso arco

De negras nubes, que en el cielo obscuro
Ocultan las estrellas al piloto,
Con duplicado voto
Invoca las deidades,

Y maldice, entre tantas tempestades,
La ambición, que del ocio le retira,
Y más por él que por su mal suspira.

Los trances escuadrones belicosos,
Y los medos gallardos con su aljaba,
Cansados ya de la prolija guerra,
Suspenden de los troncos victoriosos

El arco y flechas, el escudo y clava,
Y anhelan por el ocio de su tierra,
¡Oh Grosfo! pues no encierra
La púrpura de Tiro,

El oro rubio y el azul safiro
Valor tan grande, que su premio iguale
La justa estimación que el ocio vale.

Que las riquezas, que la sed aumentan
Al hidrópico avaro, y los lictores,
A cuya voz la plebe retirada
Despeja el paso al Cónsul, nunca ahuyentan

Del pecho el alboroto y los temores
Que afligen la memoria lastimada,
Ni espantan la pesada
Bandada de cuidados

Que por los techos de marfil labrados
Vuelan, y quitan, con pesar del dueño,
Sosiego á la alma, y á los ojos sueño.

Aquel, sí, vivirá sin competencia,
En cuya mesa, rica de contento,
Si pobre de manjares, aparece
Sabroso plato de paterna herencia,

Y hace del ocio su mayor sustento,
Al paso que regalos no apetece.
Y si al sueño se ofrece,
Ni la ambición le incita,

Ni del oro la sed le solicita;
Antes en quieta apetecible calma
Descansa el cuerpo y se suspende el alma.

¡Qué nos cansamos, pues la vida es corta,
En codiciar con peligroso engaño
Cosas tan varias, pues nos bastan ménos?

¡Y para qué el mudarnos nos importa
De nuestro reino propio al reino extraño,
Que así atrevidos, de codicia llenos,
Rompiendo al mar los senos,
Corre nuestra osadía

De donde nace adonde muere el día?
Pues ¡quién, aunque camine á otras regiones,
Ha dejado en su patria sus pasiones?

(1) Este verso demuestra que, á pesar del adelanto de los tiempos, no estaba el gongorismo enteramente desterrado.

Que á mi ciego furioso desvarío
Refrena más el miedo de ofenderte
Que le mueve el tropel de mis deseos.

VI.

El verdadero amor.

Antes al cielo faltarán estrellas,
Al mar peligros, pájaros al viento,
Al sol su resplandor y movimiento,
Y al fuego abrasador vivas centellas;

Antes al campo producciones bellas,
Al monte horror, al llano esparcimiento,
Torpes envidias al merecimiento,
Y al no admitido amor tristes querellas;

Antes sus flores á la primavera,
Ardores inclementes al estío,
Al otoño abundancia lisonjera

Y al aterido invierno hielo y frío,
Que ceda un punto de su fe primera,
Cuanto ménos que falte, el amor mio.

VII.

Un amante desconfiado de su mérito.

¡Qué es esto, amante corazón rendido?
¡De qué te sirve tan dichoso estado,
Si tus penas, parece se han doblado
De que empezaste á ser favorecido?

La imagen horrorosa del olvido
Turba mi gloria y crece mi cuidado,
Y áun al alma, confieso, ha penetrado
(No celos) un recelo mal nacido.

¡Ay Lisi mía, en qué mortal quebranto
Despedazado el corazón me siento,
De un temor á la rústica violencia

Y si solo un temor me aflige tanto,
¡Cuánto será, bien mio, mi tormento,
Si á ser este temor llega evidencia!

VIII.

Disculpa de una justa desconfianza.

Perdona, Lisi mía, la extrañeza,
Si en dicha, que es mayor que la esperanza,
En idioma de mi desconfianza,
Lastima tus oídos mi fineza.

Que hiciera agravio á la mayor belleza,
Si tranquilo en mi torpe confianza,
No temiera en mis dichas la mudanza
Que tu mérito inspira y mi rudeza.

Disculpe tu gallardo entendimiento
Mis tiernos siempre apasionados modos,
Dialecto del temor más importuno,
Nacido de mi fiel conocimiento,

Que aunque gloria mayor logró que todos,
También merezco ménos que ninguno.

IX.

A la hermosura de Lisi.

Es tan grande mi amor, oh Lisi mía,
Que no podré explicarle aunque más quiera,
Porque si en voces mi valor cupiera,
Ni de tí ni de mí digna sería.

A tu mérito, Lisi, y gallardía
Amor se debe de más alta esfera,
Y si acaso adorarte alguien pudiera
Como mereces, solo yo podría.

No es soberbia, mi bien, no desvarío
Del juicio perturbado al miserable
Estado en que hoy se advierte mi albedrío;

Verdad es cierta y hecho incontrastable,
Pues si bien se examina el amor mio,
Tan sólo á tu belleza es comparable.

Lleva, cuando se embarca, el pasajero
El cuidado á la nave, y le acompaña,
Sin que de él se divida eternamente;
Sigue también al escuadrón ligero
De caballos que corre la campaña,
No sé si más veloz y diligente
Que á la templada fuente
Huye herida la cierva,
Que apenas huella, de temor, la yerba,
O más que el euro, que con furia breve
Turbando el cielo, tempestades mueve.

Con los presentes bienes satisfecho,
El ánimo desprecie la esperanza
De los que han de venir y llegan tarde,
Y temple en dulce risa alegre el pecho
El llanto amargo, sin hacer mudanza
Ni sujetarse al mal como cobarde;
Porque no es justo aguarde
Siempre de la fortuna
Feliz suceso sin desgracia alguna;
Que no hay cosa mortal, por ningún modo,
Que se pueda llamar dichosa en todo.

Al claro Aquiles, aunque joven fuerte,
Hijo de Tétis y de Troya espanto,
Alevosía arrebató traidora,
Y su prolija edad, si no la muerte,
A Titon consumió, estimado tanto
De la que por Memnon aljófar llora,
Y por ventura ahora
La voluntad divina,
Por vuestro mal, á mi favor se inclina,
Y con el tiempo, que volando llega,
Venturas me dará que á vos os niega.

Ahora para vuestro lucimiento
Braman las vacas de Sicilia, gruesas,
Y en cien manadas cubren los valdíos,
Y de cabras y ovejas otras ciento
Pacén el verde adorno á las dehesas
Y agotan los cristales á los ríos,
Y con gallardos bríos
Y relincho bizarro
Tasca el caballo el freno á vuestro carro,
Y para que os vistais le da á la lana
Duplicado color la tira grana.

A mi la suerte, que con todo puede,
Con mano cortamente dadivosa
Me dió un pequeño campo, que poseo,
Y un espíritu noble me concede
Para imitar la cítara famosa
De Píndaro, Simónides y Alceo,
Y un inmortal deseo
De despreciar no poco
El vulgo necio, maldiciente y loco,
Que no están de su lengua, si murmura,
Libre inocencia ni bondad segura.

TRADUCCION

de un pasaje de Ovidio en el libro xiii de los *Metamorfosis* (1).

¿De qué servía tu valor entonces,
Cuando, si bien mis hechos examinas,
Era mi diligencia y mi cuidado
El gobierno total de la milicia?

Uso de estratagemas, porque en ellas
Pereciesen las haces enemigas,
Y formando trincheras, se aseguran
Los campos nuestros por industria mía.

Con blando estilo, con palabras suaves
Reduzco á muchos que, de la fatiga
De la guerra cansados, proyectaban
Desamparar las destrozadas filas.

Mi astucia y arte con igual acuerdo
Viveres á las tropas facilita,
Formando ingenios y armas, con que puedan
Aventajarse á las troyanas iras.

¿Qué hace, pregunto, tu valor entonces?
Tan sólo pelear; pues tu osadía,
Sin arte y sin prudencia discurriendo,
Va por donde el furor la precipita.

(1) *Quis tuis usus erat?* etc.

VARIAS TRADUCCIONES

DE FRAGMENTOS DE ALGUNOS POETAS FRANCESES.

FRAGMENTO I.

En sistemas sutiles
No malogres el tiempo,
Ni en brillantes discursos,
Que jamás te darán luz ni provecho.
Confiesa tu ignorancia
Sin rubor ni recelo,
Supuesto es á ti mismo
Arcano todo en tí, todo misterio.
¿Y queremos, osados,
Que á tan viles sujetos
El árbitro del mundo
Descubra sus designios y proyectos?

FRAGMENTO II.

De los misterios santos
La oscuridad angusta,
Dócil y humilde adoro,
Sin que esto me avergüence ni confunda.
Contra el Señor supremo
Jamás armo disputas,
Pues para conocerle
¿Quién me podrá alumbrar, si él no me alumbró?
El dice, y yo lo creo,
Que sin vergüenza alguna
De su Autor á las plantas
Se rinde la razón que más presume.

FRAGMENTO III.

¿Ves aquel libertino
Que en público declama
Contra aquel Dios, que él mismo
Cree y reconoce allá dentro del alma?
Esta verdad que él siente,
Al punto pregonará,
Si el miedo de la mofa
De sus falsos amigos le dejara.
Y así, cuando á los cielos,
A Dios mismo amenaza,
De infame cobardía
Son movidas sus obras y palabras.

FRAGMENTO IV.

Gran Dios, son tus decretos
Llenos de equidad santa,
Y tu mayor delicia
Haces de ser propicio á nuestra causa.
Mas tantas son mis culpas,
Que si me perdonara
Tu bondad mis delitos,
Tu divina justicia quebrantaras.
Mi iniquidad enorme
La compasión aparta,
Y elección no te deja,
Si no es para el castigo que me aguarda.
A tu interés se opone
Mi dicha y mi esperanza,
Y tu misma clemencia
Parece exigir mi total desgracia.
Truena, hierre, ya es tiempo;
Guerra á guerra rechaza;
Que yo, aún muriendo, adoro
La razón que te inspira la venganza.
Mas ¿sobre cuál paraje
Caerá el rayo que lanzas,
Que no se halle teñido
De Cristo con la sangre sacrosanta?

FRAGMENTO V.

Son, pecador, mis juicios
Llenos de equidad santa,
Y mi mayor delicia
Hago de ser propicio á vuestra causa.
Sin herir mi justicia,
Mi bondad se declara,
Por más culpas que tenga,
Por aquel que ha empezado á detestarlas.

ROMANCES.

Así de tus delitos
La más pesada carga
Asombrarte no debe, [da.
Ni el temor del castigo que te aguar-
Mi interés verdadero
De tu dicha se labra,
Pues nunca he permitido
Perezca aquel que arrepentido clama.
Contento, mis deseos
Y mi gloria se ensalza
Al verte tan contrito
Con el copioso llanto que derramas.
Concédote gustoso
La paz, más guerra no haya,
Y adora, como debes,
De mi severidad la justa causa.
Pues que sobre el rebelde
Solamente descargan
Mis iras, y en él vengo [ta.
Del Dios-Hombre la sangre sacrosan-

ROMANCE

leído por el autor en la junta pública de la
Real Academia de San Fernando de 17 de
Julio de 1784 (1).

En las orillas del río
Que del Morcuera (2) descende
A rendir tributo á Carlos
En sus derretidas nieves,
Y rondando el alto muro
De su generoso albergue,
Por besarle el pie al Jarama
Va ufano, aunque va á su muerte,
Reposaba acaso Hortelio,
Aquel que en sus años verdes
Con su amor y su armonía
Solemnizó sus corrientes.
Aquel que, al cantar sus penas,
Por sentir las y atenderle,
Oyentes tornó los troncos,
Vocales los aires leves.
Apenas, pues, de Morfeo
Disfrutaba los placeres
(Que pocas veces se niegan
Al que de ambición carece),
Su vagante fantasía
Pulsa repentinamente
Sordo rumor, que de cerca
Algun portentoso previene.
Crece el estrepito, y cuando
Le hace el pavor que despierte,
Al extraordinario espectro
Más y más su asombro crece.
En un profundo remanso,
Que acaso ó providamente
Cavaron del rudo invierno
Las avenidas perennes;
Sobre el vegetal trono
Que forma un flotante césped,
Carro triunfal que las aguas,
Si no le arrastran, le mecen;
Se ostenta el anciano río,
Apoyado en urna breve,
De cuyo seno el raudal
De fluvial linfa procede.
Undantes barba y cabello,
Espalda y pecho humedecen,
Y en fe de ser Manzanares,
Cifre diadema sus sienas.
Juncos, mimbres y espadañas,
Enlazados diestramente
(Obra de sus niñas bellas),
Natural dosel le tejen.
Túrbase Hortelio á su vista,

No porque el susto le aterre,
Sino porque á lo sagrado
Tal veneración se debe.
Y previniendo el oído
Al grande oráculo, siente
Que del hondo pecho el nimen
Tales voces desenvuelve:
«Hortelio, pues que los dioses
Me permiten que interprete
Las alegres esperanzas
De los arcanos celestes,
»Parte á Mantua, donde á Carlos
Consagrando afectos fieles,
Exhala el pueblo en su gozo (3)
La llama leal que le enciende;
»Donde, á pesar del carácter,
Todo español enloquece,
Y aún no es al grande motivo
Demostración competente,
»Cuando la divina Luisa,
La alta estirpe de los héroes,
Con duplicados renuevos
Replanta tan felizmente.

»Allí hallarás congregada,
De Minerva en los retretes,
A su más querida alumna,
La Academia Matritense,
»Que coronando sus triunfos
A buriles y pinceles,
A escuadra y cincel, á un tiempo
Sus lides dirime y mueve.
»Allí hallarás dispensando
A las artes excelentes,
A la nobleza y la ciencia,
Su favor concordés siempre.
»Allí hallarás al ilustre
Mecénas (4) que las protege
Por el augusto de España,
A cuyo influjo florecen.
»Aquel de quien al Segura (5)
Más el mérito ennoblece
Que las inmensas riquezas
Que él presta á Vertumno y Ceres.
»Aquel que aún cuando á su estudio
El renombre no debiese
De sabio, que se ha adquirido
Tan común y justamente,
»La protección que dispensa
Al sabio, es fuerza le diese
En el templo de los sabios
El lugar más preeminente.

»Hallarás, en fin, allí
Concurso ilustre, que ofrece,
En sus deseos curiosos,
Un premio de nueva especie.
»Diráslos, pues, cómo el cielo,
Propicio á España, promete
Por premio de las virtudes
Que en su gran Rey resplandecen,
»Abundancias y venturas,
Fijos y durables bienes,
Constante paz y victoria
De sus contrarios rebeldes.
»Dirás que del formidable
Naval armamento espere
A su acertado destino
Sucesos correspondientes.
»Que el mallorquín valeroso,
Cuyo esfuerzo y nombre temen,
Como el cándido britano,
Los tostados bereberes,

(5) Al tiempo que se escribía esto, se estaban solemnizando el nacimiento de los señores infantes Carlos y Felipe, y la gloriosa paz con Inglaterra.

(4) El excelentísimo señor Conde de Floridablanca, protector de la Academia.

(5) Río que pasa por la ciudad de Murcia, patria de su excelencia, con cuyas aguas se riega su famosa huerta y la de Orihuela, de asombrosa feracidad.

»Venciendo al viento lo adverso,
Menospreciando accidentes
Y atropellando peligros,
Que el temor abulta ó miente,
»Sulfúreos globos arroja,
Tempestad de rayos llueve
Sobre la pérdida Argel,
Que ya en sus ruinas se envuelve (6);
»Y nuevamente abrasada
La ladronera insolente,
Vuelve, dando al fresco viento
Los triunfantes gallardetes.
»Dirás que espere de Luisa
Hermosa y prolija serie
De benéficos monarcas
Y de guerreros valientes,
»Que al claro abuelo imitando,
De Borbon el nombre lleven
A los últimos confines
Donde el sol su luz extiende;
»Que los sublimes ingenios,
Que el premio ilustra y promueve,
De celebrar sus hazañas
A la grande obra se apresten:
»La pintura con colores,
La escultura con cinceles,
El grabado con buriles
Las eternice y conserve;
»Pues el cielo determina
Que sus altos hechos queden
Para ejemplo de los siglos
Y admiración de las gentes.»
Dijo, y calándose al fondo,
La vision desaparece,
Pues removidas las aguas,
Perdieron lo transparente.
Vuela en las alas, Hortelio,
Del fino amor que le impelle,
Y trasladando al papel
El gran suceso, obediente,
Le presenta á la Academia,
Porque así más se celebre
Con su afecto y nimen, menos
Dichosos que reverentas.

ROMANCE.

(Imitación de don Luis de Góngora.)

Por cabo de cien jinetes
El noble Gutierre marcha
Sobre el campo de Gumiel
Desde la Fuerza de Aranda;
El más valiente caudillo
De cuantos ve la campaña
Desde el Dnero al claro Tórnes,
Desde el Pisuerga al Adaja.
Monta una manchada yegua,
Que riberas del Riaya
Nació, á ser exhalación,
Y asombro de las comarcas.
Lleva pendiente del hombro
Una berberisca adarga,
A Celín ganada, jeque
De Medina y Almenara.
En la vigorosa diestra,
Defensa ya de su patria,
Rige el animoso joven
Un recio roble por asta.
Una ancha cuchilla cifre,
En mil reencuentros probada,
Contra las vidas alarbes
Fatal segur de la Parca.
Sale, pues, tan orgullosa
La juventud castellana,

(6) La relación inserta en la *Gaceta de Madrid* de 20 de Julio de este año (1784), confirma el acierto del oráculo, pues dice que el día 12 encendieron nuestras bombas á Argel, cuyo incendio duro hasta las cuatro de la tarde desde las ocho del mismo día.

Que á mirar su bizzaría
Suspende el Duero sus aguas.
Los generosos caballos
Marcial música compasan,
Al són del hierro que imprimen
Y al són del hierro que tascan.
Ya descubren de Gumiel
Las ardientes atalayas,
Y en los cultivados campos
Las adultas mieses talan.
Sintiendo el rebato Hizán,
Presuroso se levanta
A los brazos de la muerte,
De los brazos de Daraja;
Daraja, deidad morisca,
De cuyo amor á las aras
Seis años fueron de Hizán
Servicios ofrendas vanas.
Al primer paso tropieza,
Y requiriendo las armas,
Herida la diestra mano,
Con sangre el estrado mancha.
Túrbase la bella mora
Con señales tan infaustas,
Y de tan tristes acasos
Tristes vaticinios saca.
Enmudece el dolor;
Pero una sola mirada
Dijo de una vez más cosas
Que dijeran mil palabras.
Cadenas hace sus brazos,
Que el cuello de Hizán enlazan,
Y de sus lágrimas tiernas
Segundas cadenas labra.
Mas viendo el valiente moro
Que hace ya en el campo falta,
Sus lágrimas reprimiendo,
Así, al despedirse, la habla:
«No temas, Daraja bella,
Que á los enemigos salga;
Que á quien venció tus desdenes,
No habrá que resista nada.»
Salió al campo, y don Gutierre
Al encuentro se adelanta,
Y de los demas seguido,
La sangrienta lid se traba.

ROMANCE II.

El africano alarido
Y el roneo són de las armas
En los valles de Gumiel
Eran saludos del alba,
Que á ser testigo salia
De las victorias que alcanzan
Contra las infieles lunas
Las cuchillas castellanas.
Cuando el valeroso Hizán
Sobre una fogosa alfana,
Regalo de Hacén, alcaide
De Font-Hacén y la Adrada,
Desnudo el nervioso brazo,
Y el albornoz á la espalda,
Esrime la muerte en una
Tunecina cimitarra.
Crece la sangrienta lid,
Y el suelo de sangre empapan
Las azagayas moriscas
Y las españolas lanzas.
Bórdase el campo á colores,
Que ántes fué todo escarlata,
De turbantes y almazares,
De aljaldices y almalafas.
Los golpes de las cuchillas,
Cuando hieren ó reparan,
El vecino monte atruenan
Y el turbado ambiente inflaman.
Anima Hizán á los suyos
Con su ejemplo y sus palabras,
Y el valiente don Gutierre,
Cuanto Hizán anima, mata.

Y cada español presume
Que él solo por sí bastará
A derribar de Gumiel
Las enemigas murallas,
Y á coronar por sí solo,
Segun fia de su espada,
De cabezas berberiscas
Las almenas de su patria.
Ni el número superior
Sus alientos acobarda;
Que á contrarestar á muchos
Pocos con justicia bastan.
Llena de horror á este tiempo,
La bellísima Daraja
Con sus pensamientos tristes
Tambien, dudosa, batalla.
Deja el ya enfadoso lecho,
Y á una torre de su casa,
Más que el tierno amor la guía,
El duro temor la arrastra.
Descubre el sangriento campo,
Y las haces mahometanas,
Más que vencidas, deshechas,
Dan á la fuga las plantas.
Descubre al gallardo Hizán,
Que él solo la lid restaura,
Y cuanto con ignominia
Sus soldados desampararon;
Y en lágrimas y suspiros
Abre salida á sus ansias;
Unos, cual su amor, ardientes,
Otras, cual su pena, amargas.
El corazon en el pecho
Con tanta zozobra salta,
Que parece pronostica
Las desdichas que le aguardan.
Al tiempo que don Gutierre
Entre todos se señala,
Y por largo trecho siembra
De víctimas la campaña;
Viendo ya que la victoria
Orlar sus sienas prepara,
Y que solo Hizán sustenta
La ya perdida batalla,
Por entre los enemigos
Cual rayo ardiente se lanza,
Y todo cuanto resiste
Atropella y desbarata.
Huye el rigor de su brazo
La berberisca canalla,
Y el que no huye de su vista,
Es que el temor le embaraza.
Entónces el bravo Hizán,
Con furia desesperada,
Al ver cómo don Gutierre
Tan reciamente le carga,
Feroz le sale al encuentro,
Mas con suerte tan escasa,
Que ántes de sentir el golpe,
Grabó en el suelo la estampá.
En el animoso pecho
Abrió el hierro puerta franca,
Y tan capaz como acaso
La abrió la envidia en el alma.
Las rotas calientes venas
Purpúreos raudales manan,
Que segunda vez tiñeron
Las rojas flores de grana.
Al espectáculo triste,
Un mortal desmayo embarga
De la amante mora bella
Las más envidiables gracias;
Y tanto el dolor creció,
Que no cabiendo su extraña
Pasión en todo su pecho,
La ahogaron sus mismas ansias.
Murió, pues, dejando ejemplo
Que de amor la fuerza blanda
En el pecho más esquivo
Más profundamente labra.
Y los fuertes castellanos,
Gloriosos de su jornada

Y ricos de gozo, vuelven
A ver los muros de Aranda.

ROMANCE AMOROSO

Bosques y selvas del Pardo,
Que con cristalinas aguas
El humilde Manzanares
Riega, fecunda y regala;
Arboles que tantas veces
Me habeis escuchado, y tantas
Ayudadome á sentir
Mis congojas y mis ansias;
Frescos valles que albergais
En las floridas estancias
La causa de mis desdichas,
Si bien inocente causa;
Estadme otra vez atentos,
Si por ventura no os cansa
El escuchar tantas veces
Quejas que nunca se acaban.
A vosotras, mudas selvas,
Las fio, porque callarlas
Sabréis, si es que aún á los mudos
Se debe tal confianza.
Oídme, pues, así Lisi,
Deidad de aquestas comarcas,
Muchos siglos os florezca
Con su vista y con su planta;
Así de su sol hermoso
Goceis, y vuestras campanas
A sus ojos y á su pié
Deban primavera largas.
Así adorne vuestros valles
Con su gentileza y gala,
Y así por ella os envidien
Esas altivas montañas.
Lastimaos de mí vosotras,
Y á fe que estais obligadas,
Si no queréis de esta vez
Acreditáros de ingratas.
Ya sabeis, selvas amigas,
Con cuánta pasión, con cuánta
Terneza tengo á los ojos
De Lisi rendida el alma.
Ocioso será pintaros,
Pues la habeis visto, sus raras
Perfecciones, su hermosura,
Su discrecion y sus gracias.
Baste deciros que no hay
Desde el Tajo al Guadarrama
Pastor que á su gentileza
No consagre ofrendas vanas.
Los más gallardos zagales,
Que de libres blasonaban,
Tienen ya de su esquivéz
Las voluntades esclavas.
No se oyen en estos cotos
Sino las quejas que lanzan
Zagales enamorados
De finezas mal pagadas.
Los árboles, las arenas
En sus cortezas y playas
El dulce nombre de Lisi
Distintamente trasladan.
Los arroyos la enamoran
Y lascivamente labran
De su murmurio las voces,
Con que su amor la declaran.
Las ninfas, que de los fresnos
Viven las frescas moradas,
Aficionadas á Lisi,
La hacen dosel de sus ramas,
Y las que el anciano rio
Habitan, cuando ella pasa,
Del vado margen, á verla,
La frente húmeda levantan.
El mismo céfiro blando,
A Flora la fe negada,
Viste, en obsequio de Lisi,
Nueva hermosura á sus alas.

Hasta los robustos robles,
Con blandura extraordinaria,
Cuando ven á Lisi, humillan
A sus piés la copa anciana.
Los inocentes corderos
Aprenden de quien los guarda
A publicar en balidos
De Lisi las alabanzas.
Todo, en fin, respira amor
Esta selva, sus cabañas
De amorosas invenciones
La humilde fábrica esmaltan.
En los gabanes bellidos
Amantes cifras se enlazan,
Vistiéndose los zagales
Su misma pasión por gala.
Sola Lisi exenta vive
De este cuidado, y no basta
Tanto amor, tanta fineza,
A hacerla ménos tirana.
Si oye suspiros, la enojan,
Finezas la desagradan,
Sentimientos no la obligan,
Y elogios suyos la agravan.
¿Qué haré, pues, selvas amigas,
En confusion tan extraña?
Mas oh, qué ciegas locuras!
Pedir á un mudo palabras!
¿Qué me habeis de aconsejar,
Selvas, si, por mi desgracia,
Aunque compasion os sobre,
La lengua, selvas, os falta?
Pero si bien interpretan
Vuestro silencio mis ansias,
¿Cuánto, siendo mudo, enseña!
¿Cuánto dice cuando calla!
Ya, en fin, con vuestro silencio
Me respondeis que me valga
Del consejo de callar,
Invencion de amor tirana.
Ame fino, ame constante,
Sirva y merezca, y no salga
Al labio el volcan, el fuego,
Por más que se abra, al alma.
Vea Lisi y vea el mundo
Que aquel que más la idolatra,
Por no ofenderla, reprime
El ardor en que se abraza.
Y que ántes morirá Fabio
De amor á la ardiente llama,
Que importune por remedio
A quien tanto incendio causa.

IDILIO PASTORAL.

Ya que he quedado en donde
Podrá escucharme sólo
El profundo silencio
De estos bosques umbrosos,
Y donde son testigos
De los males que lloro
Solamente los sauces,
Las aves, los arroyos;
En tanto que de Lauso
Al dulce cuello logro
Ser, por fin de mis penas,
Lo que la hiedra al olmo;
Salgan al aire quejas
Que mi pecho amoroso
Ocultas ha tenido
Tan largo tiempo á todos.
Tirana suerte mía
(Mejor dijera monstruo;
Que bien merece el nombre
Tu ceño riguroso),
Ya estará satisfecha
Tu saña en los oprobios
A que me has conducido,
Atroces y afrentosos.
¿No te bastó traerme,
Después de tan notorios

Desastres, infortunios,
Pesadumbres y ahogos,
Adonde, desterrada
De mi patria, aún no gozo
Seguridad siquiera
Del riesgo á que me robo!
Pensé que en estos bosques
Encontráran piadoso
Asilo mis desdichas,
Término mis sollozos;
Y apenas en su margen
El pié mal firme pongo,
Y de pasados sustos
Apénas me recobro,
Cuando más riesgos siento,
Mayor peligro corro;
Hallando al que aborrezco,
Cuando busco al que adoro.
Anfriso y Lauso... ¡Oh cielos,
Con qué placer y enojo
El nombre de éste explico,
Y el nombre de aquél formol
¡Qué extremos tan distantes,
Contrarios y remotos!
¿Qué grato y dulce el uno,
Qué aborrecible el otro!
En sueños me amenaza
(Aun ahora me asombro)
De Anfriso el duro acero,
Vengativo y furioso.
Y en medio de la dulce
Tranquilidad que logro
En esta amena selva,
Desde que en ella moro,
Me asalta la memoria
El pesar envidioso;
Que nunca son cumplidos
Del infeliz los gozos.
Si duermo, me interrumpe
La quietud y reposo
La imagen de mi muerte,
Que me amenaza en todo.
El bosque me amedrenta,
Pues por doblarme asombros,
Parece que produce
Anfrisos de sus troncos.
Ni á lamentar me atrevo
Mis males lastimosos;
Que la voz y la lengua
Añuda el miedo proprio;
Temiendo que, contrario,
El eco misterioso
Distintas lleve á Anfriso
Las cláusulas que rompo.
Si el céfiro se mueve
Entre el bosque toscos,
Y como suele, forma
Estrépitos sonoros,
Huyendo amedrentada,
Me fingen mis antojos
Amenazas de Anfriso
Del céfiro los soplos.
Pero entre tantos sustos,
Que á cada paso toco,
Y á tantas desventuras
Que me cercan en torno,
Una dicha prefiero,
Un placer antepongo,
Estrella en los naufragios
En que gimo y zozobro.
Pues de Lauso la vista,
Que á tanta costa compro,
De penas y desastres
Minora mis ahogos
Con la dulce esperanza
De los fines dichosos
Que tanto amor merece,
Pues espero y conozco [me enojos,
Que no siempre han de ser, por dar-
Mi estrella adversa, el cielo riguroso.

IDILIO II.

Pues desde aquí descubro
La amada concha bella
En que se deposita
La más brillante perla;
Mientras el sol ardiente
En la abrasada siesta
Recoge por las sombras
Rabadanes y ovejas,
Y mientras las zagalas,
Temiendo las ofensas
Del ardiente solano,
Que en las flores se venga,
En los albergues frescos
Pacíficas sosiegan,
Y al robusto ejercicio
Dan apacibles troguas,
Y en tanto que en sus nidos
Descansan las parleras
Avecillas canoras
De aquestas dulces selvas,
Y hasta los mismos brutos
En sus hondas cavernas,
Del sol, que los abraza,
Evitan la violencia,
Y mientras que las aguas
De las fuentes risueñas
Con su rumor templado
Tambien del sol se quejan,
Que con activos rayos,
Haciéndolas que pierdan
Su natural frescura,
Las fulmina y calienta;
Cuando descansan todos,
Mi amor despierto vela,
Sin que á tomar descanso
El ejemplo le mueva
De ovejas, rabadanes,
Aves, fuentes y fieras;
Que no admite sosiego
Aquel que ama de veras.
Del dulce dueño mio
Amante centinela
(Que tambien se milita
De amor en las banderas),
Intentarán en vano
Del sol las iras fieras
Que desampare el puesto
Que amor guardar me ordena;
Que el pecho, endurecido
A tantas inelemencias
Con que el rigor me trata
De mi contraria estrella,
No recela intemperies;
Pues su valor se precia
De haberse endurecido,
De desdichas á prueba.
Ni el riguroso invierno,
Cuando con nieve densa
O densa niebla cubre
El orbe de la tierra,
O el Aquilon horrendo
En pueblos y florestas
Altas torres derriba,
Ancianos robles vuelca,
Y cuando el duro hielo
Con rigurosa fuerza
Abrasa y aniquila
Las más adultas yerbas,
Podrán de mis intentos
Hacer que un paso fuerza,
Pues no son poderosos,
Por más rigor que tengan,
Inviernos, aquilones,
Hielos, nieves y nieblas,
A que de intento mude
Aquel que ama de veras.
Testigos sois, oh bosques,
Si acaso se os acuerda,
De haberme visto el hielo
Inmóvil á su fiereza;

Que el alma no sentía
Su grave rigor, hecha
Al helado destempe,
Lisi, de tu tibieza.

Tendido en tus umbrales
Pasé noches enteras;
Que hasta los mismos vientos
Burlaban mi paciencia.

La perezosa aurora
Me halló veces diversas,
Estatua de alabastro,
Al umbral de tus puertas,

Y cubierto de nieve
Desde el pie á la cabeza,
Me juzgo simulacro
De mi esperanza muerta.

¡Cuántas veces Melampo,
Compasivo á mis penas,
Mirando cuantas iras
Contra mí el cielo flecha,

Procuró con halagos
Hacer que me volviera,
Como quien dice: Fabio,
Basta ya de fineza!

Que á quien, como mi dueño,
Tiene el pecho de piedra,
No hay tiernas expresiones
Que ablanden su dureza.

El mismo bruto, el mismo
Melampo (¿quién creyera
Que irracionales brutos
Tan compasivos fueran?),

Mis lástimas oyendo,
Compadecido de ellas,
Parece acompañaba
Con ladridos mis quejas,

Respondiendo á mis ansias
Con su mnda elocuencia:
«En vano estos umbrales
Con llanto, Fabio, riegas,

»Si el corazón del dueño
Que en ellos se aposenta
Aun es, por tu desgracia,
Más duro que sus peñas.»

Pero estos desengaños,
Pero estas evidencias
Ni acaban mis desdichas
Ni mi pasión moderan;

Porque no hay infortunios
Ni males hay que puedan
Hacer mude de intento
Aquel que ama de veras.

ENDECHAS.

Alegoría de una esperanza bien fundada,
y desgraciadamente desvanecida.

Barqueros de estas costas,
Que visteis algún día
Al feliz leño mio
Surcar mares de dichas,

Ya están desagraviadas
Vuestras pobres barquillas,
Que con envidia vieron
Las glorias de la mía.

Ya la veis, encallada
Entre almejas y guijas,
Lástima ser y ejemplo
Aun de la misma envidia.

Los rojos gallardetes,
Que el viento á soplos riza,
Escarnio son del agua,
Que los hiere y salpica.

Que hasta las mismas ondas
Su infamia solicitan,
Españiéndola al rostro
Espumas por salivas.

En las hinchadas velas,
Que el céfiro movía,
Ya el Abrego inclemente
Borrascas pronostica.

Y no en las velas sólo
Muestra su tiranía,
Las jarcias destrozando,
Las gumenas y trizas;
Sino que, conduciendo
Al extremo sus iras,
Con soplos y balances
La confunde y la silba.

La que ántes fué, barqueros,
Honor de estas marinas,
Ya ofrece desengaños
Tan sólo con su vista.

De macilentas algas
La ven ya oscurecida
Focas que la admiraron
Sirena fugitiva.

Los mástiles dorados,
Que entretejieron cintas,
Patibulos funestos
Trágicamente imitan.

Los robustos costados,
Que en vano el mar fatiga,
Infame broma cubre
Desde el bordo á la quilla.

En vez de los delfines,
Que sus rumbos seguían,
Encuentra solamente
Con monstruos que la embistan.

Arenas que la varen,
Rémoras que la opriman,
Tormentas que la aneguen
Y calmas que la ahigan;

Escollas que la rompan,
Ballenas que la sigan,
Piratas que la abrasen,
Corsarios que la rindan,

Son ya las esperanzas
Que al tráfico la animan.
¿Quién pensará con ellas
Desamparar la orilla?

Desechada é inútil
La seca playa pisa,
Ventajas que ha logrado
Al fin de sus fatigas.

Considerad, barqueros,
En mi infeliz barquilla
Los efectos contrarios
Del tiempo y de los días.

Tomad de ella escarmiento,
Pues pueden sus desdichas,
Si bien las reflexiona
La mayor osadía,

Al mas desalumbado
Dar luz que le dirija
Por los expuestos rumbos
Del golfo de la vida.

Pero aún tengo esperanza,
Mientras Lisi divina
Estas costas habite,
Y el vivir lo permita,

Que vuelva el leño mio
A su ventura antigua,
Feliz y escarmentado
En sus desgracias mismas

Mas entre tanto, ¡oh barca!
Tu orgullo es bien reprimas,
Y será tu paciencia
La puerta de tus dichas.

RELACION PASTORAL.

Detras de ese altivo monte,
Cuya soberbia encumbrada,
Pesadumbre aun de la tierra,
Es insoportable carga;
Natural Babel de riesgos,
Cuya frente, coronada
De peñascos por almenas,
Las esferas atalaya;
Monstruoso hijo del siempre
Turbulento Guadarrama,

Que por ocultar el vano
Fiero intento con que traza
Escalar del firmamento
Las sempiternas murallas,

De perpétua niebla cubre
Su crizada frente cana;
Yace un pueblo, y bien que yace
Se dirá, pues dos montañas,

A un valle la luz negando,
Entre lóbregas pizarras
Oscuro panteón le forman,
Fenesta tumba le labran.

De pastorales albergues,
Si no de pajizas casas,
Se compone, donde asiste
La sencillez aldeana,

Más gustosa que en los altos
Palacios con que levanta
Hasta el cielo sus ideas
La soberbia cortesana.

Aquí nació, y tan contento
Desde mi primera infancia
Hasta la edad juvenil
Pasé las breves jornadas,

Que fué mi tranquilidad,
Viendo que amor no embaraza
Mi libre pecho, la envidia
De la juventud serrana.

Exento así, pues, vivía
De amor; ni me desvelaban
Más cuidados, más sospechas,
Más recelos ni más ansias

Que el ejercicio robusto
De la caza, en que empleaba
El tiempo que los amantes
A su ciego error consagran.

Pero en este tiempo amor,
Sentido de que gozara
Exención de su dominio
Mi voluntad, de la causa

Misma que de sus prisiones
Mi corazón libertaba,
Se valió para prenderme.
¿Quién creyera, quién pensara

Que hallara en su robustez
Su tirana industria traza
De asaltar mi libertad
Y comenzar su venganza?

Belisa, pastora bella,
Que era de aquellas comarcas
Páles y Vénus á un tiempo,
Fué la complicada causa

De mi bien y de mi mal.
¡Oh fementida, oh tirana
Ley de amor, que no permites,
Aun despues de ofensas tantas,

Que no la celebre hermosa,
Por más que la culpe ingrata!
Fatigando el monte un día,
Perseguía entre unas jaras

Un cerdoso bruto, cuya
Fiereza de la montaña
Era horror, del viento asombro,
Pues una flecha lograda

En el crizado cerro
Huía con furia tanta,
Que le juzgó el monte, al ver
Su violencia, que volaba

Alada quimera, siendo
El mortal arpon las alas.
Huyendo así de la muerte,
Por lo espeso de las matas

Iba vertiendo la vida,
Envuelta en sangrientas bascas;
Cuando á Belisa asaltando,
Que de unas manchadas cabras

En aquellas espesuras
El rebaño apacentaba,
Tanta fué su turbación
Al contemplar tan cercana

Su muerte al rigor violento
De su vengativa saña,

Que no la dejó el asombro,
Irresoluto y turbado
Con tan inminente riesgo,
Siquiera mover las plantas

Y remitir á la fuga
De su vida la esperanza;
A tiempo que interrumpido
Mi ardimiento de sus blandas

Voces, salvando peligros
De quiebras y de tajadas
Peñas, llegué donde vi
Sobre la menuda grama

Desmayada la mayor
Hermosura, desmayada
A Belisa. ¿Quién pudiera,
Sin que el pincel la agraviara

De mis torpes expresiones,
Como la encontré pintarla?
Sólo diré que á su vista
Sentí luégo tan no usada

Turbación en los sentidos,
Que, sin penetrar las causas,
Advertí faltarme á un tiempo
Acción, aliento y palabras.

Mira tú cuánta sería
Su belleza, pues postrada
Al riguroso accidente
De un desmayo, fuerza alcanza,

La que juzgaras sin vida,
Para arrebatarle el alma.
Mas considerando en cuánto
Peligro la suya estaba

En tal lugar, hice esfera
Mis brazos de la eclipsada
Luz de sus divinos ojos,
Y atraído de la mansa

Armonía de una fuente,
Pudo, al auxilio del agua,
Recordar de aquel desmayo,
Lágrimas vertiendo tantas,

Que pareció pretender
Pagar á la fuente clara
La vida que la debía
Con las perlas que lloraba.

Segura ya del peligro,
De mí se ausentó, pagada
Mi diligencia con dulces
Expresiones cortesanas.

Parece que de este acaso
No sacó menos llagada
De amor el alma Belisa,
Pues la vi responder grata

A mi declarado afecto,
Pagándola con tan raras
Muestras, que ya en nuestra aldea
Y en todas las comarcanas

Eramos los dos la envidia
De pastores y zagalas.
¡Cuántas veces contemplando
La hoguera del sol, juraba

Que ántes en el mar de Oriente
Moriría que faltara
Su fino amor! ¡Cuántas veces
El sol, con que atestiguabas,

Te acusará tu perjurio,
Viendo que su luz no falta,
Y que tú no te avergüenzas
De faltar á tu palabra!

¡Cuántas veces me juró,
Haciendo las fuentes claras
Testigos de su fineza,
Que ántes la altiva montaña

Mediría el hondo valle
Con su frente levantada
Que me olvidases! ¡Oh Belisa!
¿Así el juramento guardas?

Vivía en la aldea acaso,
Por mi mal y mi desgracia,
Anfriso, en toda la sierra,
De su poder y abundancia

Por fama más conocido,
Que de su valor por fama.

Dió en ser éste mi contrario,
Sacando tan á la plaza
Los favores de Belisa,
Que del vulgo la voz vaga

Luégo empezó, en mengua mía,
A votar ya por su causa,
Siendo la mucha riqueza
De Anfriso quien sobornaba

El espíritu ambicioso
De Salicio, de mi ingrata
Belisa padre; pues viendo
Cuán bien á su intento estaba

El empleo de su hija,
Abreviando circunstancias,
Me usurpó prenda con tantos
Finos servicios ganada.

Decirte cuanto dolor
Me causó, con cuantas ansias
Batallé, por más que astuta
Con lágrimas y palabras

Me aseguraba Belisa
Mis recelos, fuera larga
Detención. Baste saber
Que cuando el día llegaba

En que ya del rico Anfriso
Publica la dicha, daban
Señas de mi muerte, en vez
De tristes lutos, sus galas;

Huí del pueblo, diciendo
Y haciendo locuras tantas,
Que hasta los mismos peñascos,
A quienes me lamentaba,

Parece me respondían
Del eco con la voz blanda
A mis quejas, motejando
La correspondencia falsa

De Belisa. En fin, huyendo
La ingratitud de mi patria,
Y de la alevé Belisa
Las traiciones y asechanzas,

A estos bosques me destierro,
Por ver si en ellos descansan
Mis pesares, aunque mal,
Quien tiene tan lastimada

El alma, de descansar
Podrá tener esperanza,
Siendo, como son, eternas
Enfermedades del alma.

RELACION AMOROSA.

La mejor parte de España,
Donde olivas y palmares
Guirnalda triunfante tejen
Del Guadiana al sesgo margen,

Por donde del castellano
Confin, ya opulento, sale
A dar undoso tributo
A los lusitanos mares,

Es mi patria. De sus selvas
Los florecientes boscajes
En pastoriles majadas
Oyeron los tiernos ayes

Con que pisé de la vida
Los peligrosos umbrales.
Ricos de gustos y haciendas
Eran por aquellos valles

Mis padres, más que de campos,
Dueños de las voluntades
De cuanto zagal brioso,
De su opulencia á los gajes,

O corvo cayado rige
O lino estalla sonante.
Diferencias y disgustos
De antiguas enemistades

(Que hasta las selvas penetra
La envidia) hicieron trasluden
Sus antiguos patrimonios
A las dulces y agradables

Riberas del claro Duero,
Cuyos hermosos raudales

Fueron el espejo en donde
Noté primero asomarse
Sobre el rojo labio el bozo,
Sutil y dorado esmalte.

El pastoril ejercicio
Seguí también, siendo Páles
Única deidad, á cuyo
Obsequio mi fe constante

Fué en perennes sacrificios
El humo de sus altares.
Mas pareciendo á mi heroico
Espíritu estrecha cárcel

Los términos anchurosos
De aquellas frondosidades,
Guiado de mi ardimiento,
Que con rigidez notable

Parecía reprenderme
Mis torpes ociosidades,
Pasé al cristalino Tórmes.
Aquí quisiera pintarte,

Si para tan arduo empeño
Fuera mi ingenio bastante,
La amenidad de sus sotos,
La gala de sus zagales.

Segunda apacible Arcadia
Semeja el sitio agradable,
Donde residencia tiene,
Entre obsequiosas deidades,

La más divina zagala,
La hermosura más amable
De cuantas admira Febo
Desde que en Oriente nace

Hasta que en el mar sepulta
Sus rayos occidentales.
No te ofenda, Lisi mía,
Que así la elogio y alabe,

Si te digo que ella sola
Es de tu hermosura imagen.
Minerva es su nombre, y yo,
Que á heroicas dificultades

Nací inclinado, propuse
Seguir la empresa arrogante
De conquistar su belleza
Con rendimientos y afanes.

No digo que no fué oído
Mi amor, que no logré en parte
De mí fe correspondencias;
Que pienso fuera culpable

Hipocresía negar,
Lisi, lo que todos saben.
Mas como mi corazón
Mal satisfecho se hallase

Ya en el Tórmes, ó ya fuese
Que el cielo, más favorable,
Así me llamaba al logro
De tantas felicidades,

Del helado Guadarrama
Pisé la frente, sin darme
Asombro sus canas nieves,
Ni su aspereza pesares.

Llegué, en fin, á estas florestas,
Y el ameno Manzanares
Me recibió con lisonjas,
Convocando á cortejarme,

Como á huésped de sus sotos,
Cortesanos rabadanes.
En los rústicos albergues
Se celebró mi hospedaje,

Y en festivas luminarias
Vistió luz por gala el aire.
Concurrieron al festejo,
De los pueblos circunstantes

El valor y la belleza
En zagalas y zagales.
Mas como vemos que el sol,
Cuando de los brazos sale

De la aurora, da en sus luces
Ocaso á las más brillantes
Antorchas del firmamento,
Cegando sus claridades;

Así tú, divina Lisi,
Con tu hermosura dejaste